

Exámenes

Llega la época más terrible del año, mejor dicho: ya estamos en ella, la terrible época de los exámenes, la época en que los padres se ponen más severos y más rabiosos que nunca, la época en que los niños y los muchachos enflaquecen, vacilan y tartamudean al dirigirse a sus padres o a sus profesores.

--¿Por qué traes este tres en inglés? -- pregunta el padre, al mirar en la libreta las notas del último bimestre.

--Le dije a la señorita que yo merecía un cuatro, no un tres, y me contestó que como no tenía ningún dos, bien podía ponerme un tres. Que eso no influiría.

--¡Hum! (Este hum suena como si el padre estuviera mascando vidrios.)

--¿Y tú? ¿Cómo te sientes para tu examen de geografía? (La niña debe dar un examen previo y si sale mal ~~en él~~ perderá los tres años de estudios que ha hecho.)

--Bien, papá. Me siento segura.

¿Segura? ¿Bien segura?

--Tanto como la otra vez.

--¡Pero la otra vez saliste mal!

--¿Qué quieres que haga? No puedo saber más de lo que sé ni puedo adivinar cuál es la forma en que al profesor le gusten que le respondan: si con las palabras que él usa en las clases o con las que aparecen en los textos.

--¿No le has dicho a tu profesor que tú no tienes intenciones de llegar a ser un Montebruno o un Fuga?

--No me he atrevido, papá. Todos quieren que llegemos a ser lumbres de las matemáticas, de la filosofía o de la geología.

El padre, que tiene cuatro hijos y que gana un sueldo que apenas le alcanzaría para dos hijos, sale a la calle dando un portazo. ¡Terribles exámenes, terribles profesores y... terribles alumnos!.